

## Testimonio

# Los gritos de la noche

Matías Camuñas

De esa larga noche que es la vida para mucha gente del pueblo.

La noche de la enfermedad, del miedo, de la soledad, la noche del bajo salario, del desempleo, del rancho que se cae; esa noche de la marginalidad; esa continua noche de haber sido empobrecido. Y entonces no cuenta para nada, anda pidiendo, esperando sin que llegue la respuesta. Es manejado como una ficha de votación o un objeto cualquiera...

La noche y la tiniebla. El poder de las tinieblas, aquellas que envolvieran la traición de Judas para con el amigo.

Una noche llena de cargas de temores y miedos. La noche de los días de semana está envuelta en silencio y sombras. El desadaptado que deambula, el borrachito que busca su hogar que no tiene, o el ladrón de cauchos o de cualquier ratería.

Y unos gritos que rompen ese silencio nocturno. Gritos y quejidos que piden auxilio, que suplican ayuda y defensa. Las tres de la madrugada. Apenas llevaba dos horas de sueño cuando pienso que estoy soñando. En sueños es que me están llamando por mi nombre y por mi condición de sacerdote. En este caso de sacerdote defensor de los heridos, de los maltratados, de los que se encuentran en peligro. "Padre Matías, Padre Matías..." Será el sueño lógico de lo que está siendo mi vida, volcada a servir de ayuda y defensa de los derechos del hombre del barrio.

No cesan los gritos que retumban la oscuridad de la noche y rompen su silencio. Hasta que me despiertan. Los gritos y el dolor de quien auxilio pide.

Un hombre en el suelo, esposado, que se retuerce ante el dolor y la humillación de los golpes salvajes. Unos funcionarios de la Disip le están maltratando con un machete. Ahora soy yo el que les grita: "Dejen a ese hombre..." Yo sé que Williams "tuvo suerte" que sus gritos me despertaran. Desde ese momento será su defensa. Ante mi presencia los funcionarios

dejan el castigo y llueven una serie de justificaciones ante el sacerdote que les increpa: "Se alzó, intentó desarmar a un funcionario, le intentó agredir, es alzaíto..." Lo cierto es que el hombre estaba esposado, estaba en el suelo, estaba solo ante tres funcionarios y estaba siendo golpeado con un machete. Esto es lo que ví y de esto doy testimonio.

No habían pasado sino algunos minutos cuando llegó una patrulla que había sido llamada como "refuerzo". Uno de los nuevos funcionarios que se acercaba a Williams no había advertido mi presencia y con un rolo —de las dimensiones de un bate— se aprestaba a golpearle. "Como intentes tocar a este hombre, te atienes a las consecuencias. Te denuncio". "Es el cura", le advierte un compañero. Y hoy por hoy, creo que este funcionario no se atreve a golpearle delante del sacerdote. Y en sus ojos advierto una mezcla de sentimientos: los sacerdotes como que somos, para estos funcionarios, odiados y temidos (por las consecuencias y el poder de la Iglesia).

Pero cuando estábamos en pleno cuestionamiento sobre el Estado de derecho, que no se puede golpear a una persona y más si está ya "dominada"... llega una tercera patrulla. Son nuevos; no los conozco ni me conocen. Uno de los funcionarios nada más llegar ha golpeado en la cara a Williams. Delante del grupo de unos 8 policías y delante de mí. Siento que estoy lleno de ira (¿se podrá llamar "santa" ira?) cuando le increpo señalándole su atropello, que tendrá que responder ante sus superiores, que nadie me va a callar lo que yo mismo he visto, que nunca serán aceptados por el pueblo, que ellos son los que están llenándonos de violencia, que han cambiado sus funciones...

Ante las quejas de Williams y, seguramente para no complicar más las cosas, logro que le cambien las esposas. Las tenía puestas mal y el peligro de dañarle las muñecas lo confesó el más veterano cuando a su compañero joven

le dijo: "Mira, chamo, ten cuidado que así le puedes romper las muñecas". "Es que es nuevo", me explica a mí.

Una muchacha de la comunidad, Olga, prima del detenido, está presente. Había oído los gritos y salió en ayuda y defensa de su familiar. Valiente muchacha, que no se calla ante las amenazas y la prepotencia de los funcionarios de pistolas, metralletas, rolos, uniformes...

¿Estado de derecho? El que aparece como el superior de más rango está tomando la ofensiva. Será para devolver la iniciativa a sus compañeros que se muestran contrariados y a la defensiva ante mi presencia. ¿Estado de derecho?, se pregunta. Aquí lo que hay que hacer es pegarle un tiro al primero que se le alce a un funcionario, porque "nosotros no somos policías, somos seguridad del Estado" (sic) "Si llego a estar yo presente te le doy un disparo y un alma menos". Palabras textuales.

Mientras, los vecinos se despertaron. Los veo en la oscuridad de sus ventanas. Están presenciando todo lo que ocurre. También los sobrevivientes de El Amparo. Se acuerdan de La Colorada y de lo que allá, lejos, en la soledad e intemperie del llano y del río les sucedió a sus compañeros y a ellos mismos. Es un recuerdo lleno de dolor y amargura. Es un recuerdo que convierte en presencia aquellas muertes.

Son muchas las reflexiones que estamos haciendo. Ninguna nueva, porque llevamos tiempo en el oficio de escuchar gritos en la noche. Nos preocupa la fuerza de agresividad y violencia que les inculcan a estos jóvenes funcionarios, muchachos de nuestros barrios.

Cualquier transeúnte para ellos es un presunto delincuente. Cualquier persona es un peligro. Contra la pared, cédula, requisamiento y al final unos rolazos sin razón. Son personas —estos uniformados de la Disip— en continuo estado de agitación. Cuando salen en el carro, aunque vayan a una corta distancia, pican caucho, alborotan;

manifiestan un continuo estado de nerviosismo. Su presencia ya está llena de "espectáculo", con sus visibles pistolas, con sus metralletas, con sus chalecos antibalas. Los posibles francotiradores los ven en cualquier movimiento. En el poco tiempo que están ante las puertas de la parroquia, hemos sido testigos de varias detenciones, golpes. Son una manifestación concreta de cómo se entiende en el país la función de "los cuerpos de seguridad".

Al mismo tiempo, no son pocos los vecinos que manifiestan su contento por la presencia de la policía en nuestra comunidad. Les ofrecen de todo: café, pollo, galletas, pan... Están contentos porque los fumones se fueron a otro sitio, porque estamos bien resguardados. Y es verdad que los ya conocidos y habituales muchachos que fuman marihuana o basuco no los tenemos en el lugar de siempre. También los narcotraficantes, los que diariamente estaban "trabajando" desde la mañana. Han cambiado la comunidad.

Esta situación real y concreta es la viva expresión de lo que es el país. Mejor me atrevo a hablar de dos países. El de los que mandan y hablan y aparecen en los medios de comunicación, los "dirigentes" políticos, los grupos de Fedecámaras, los eternos candidatos al poder —sea a la presidencia de la República, sea a concejal, a alcalde, a gobernador, a presidente de cualquier institución— son los mismos. Los de ayer y los que intentan ser de hoy. Ellos viven un país determinado.

En Las Vegas de Petare, en José Félix, en los barrios, en Petare, en Catia, en el pueblo... vivimos otro país. El que no cuenta. Qué planes hay en educación, qué alternativas para todos los que están con la droga, qué medidas se implementan para que la seguridad sea real, qué respuestas tiene el pueblo a sus necesidades...

El 27 de Febrero el pueblo venezolano habló. Les gritó a estos dirigentes desde su larga noche. "Ya está bueno...". El 27 de febrero el pueblo tomó su propia voz, sin intermediarios, sin los ya consabidos dirigentes. Ese día descubrió la mentira. Ese día este pueblo se manifestó. No estoy muy de acuerdo con los que dicen

que el pueblo perdió. Sí que es verdad que la represión fue brutal. Muertes y muertes de este mismo pueblo. El niño que murió por llevarse una harina pan o el que recibió un disparo de muerte en el rancho del barrio... La respuesta del "status" fue cerrar los oídos y reprimir, disparar a matar. Pero ahí hay una palabra. Momentáneamente ahogada, pero viva.

Y ¿qué responder a todos los que te recriminan que "te metes en continuos líos"? ¿Qué decirles? ¿Pero si he oído los gritos de la noche! ¿Me tapo los oídos? ¿Abandono a los que gritan en la oscuridad? ¿Me hago el sordo y me tapo con la almohada del sueño lo que no quiero oír? ¿Se puede ser anunciador de la Buena Noticia de Jesús no respondiendo a los gritos de Williams?

¿Cómo llega a molestar el quejido del hambriendo! (sobre todo cuando estamos llenos de comida) ¿Qué inoportunos los gritos de la noche cuando estás descansando! Y, ¿entonces?

Hay artículos y reflexiones de buenísima calidad. Libros, revistas, documentos, encíclicas, cartas pastorales. Nos hablan de los necesitados, de los pobres, de los humildes, de los despojados, de los otros cristos, de los sencillos, de los perseguidos, de los hambrientos, de los que mueren de desnutrición, de los mártires, de los enfermos, del amor, de la caridad, de los explotados, de los que son abandonados, de los perseguidos por la justicia, de los mansos, de los marginales, de... ¿hay alguna realidad sobre la que la Iglesia no haya reflexionado? ¿Hay algún principio que escape a ser consideración de un buen documento de estudio?

Pero... ¿y cuando todo esto se concretiza en Williams, a las tres de la madrugada? ¿Y cuando hay que salir corriendo con los pantalones a medio vestir?

¿Ay, entonces!

Entonces —para quien nunca ha vivido esta experiencia— entran en consideración las consabidas frases y consejos de que hay que ser prudentes, de que hay que tener cuidado, de que lo pueden interpretar mal, de que cuidado de no parcializarnos, de que todo en su justo medio, de que esto es política...

¿Ay, entonces!

Resonando aún los gritos de la noche

de Williams que me sacaron del descanso, veo con humildad que la tarea de la Iglesia, anuncio de la Buena Nueva y denuncia del pecado, pasa necesariamente hoy para la defensa de todos los Williams que nos aparecen en el camino, la defensa de la vida que de Dios hemos recibido, llenándonos de coraje de Jesús resucitado y del Espíritu Santo que anima y nos lleva por sus caminos. Solamente así la Iglesia será del pueblo. Sólo así "servirá" al pueblo. Sólo así la Palabra se verá confirmada por los signos.

De otro modo, cuando estamos profundamente dormidos, que no nos despierten los gritos de ayuda, o cuando estemos tan lejos que no podamos oír los quejidos de los humillados —porque aunque no lo oigamos ese sufrimiento es real y tiene cuerpo— entonces la Iglesia será parte de ese otro país distinto al del pueblo: le ofrecerá palabras, normas, prohibiciones, consejos, documentos, ritos... muy lejanos a sus propias necesidades.

Y ¿qué diferencia existirá entre esta Iglesia y la práctica de los "dirigentes" antes mencionados? No será la Iglesia del pueblo. Será la Iglesia de los otros.

Tal vez la cuestión está en dónde situarnos, en dónde ubicarnos. Aquí sí que no sirven las buenas intenciones o los principios de abstracción que se pueden utilizar lo mismo para el pueblo petareño o para la Europa desarrollada.

¿Se puede ser sacerdote de la misma forma, con la misma espiritualidad, con las mismas prácticas apostólicas? ¿La misión es la misma —con sus consecuencias e implicaciones— en América Latina que en Italia, por ejemplo? Me atrevo a afirmar que aquí está el nudo central.

Si estamos lejos de donde se producen los gritos de dolor ¿cómo vamos a entender que "molesten" a las tres de la madrugada?

No sé cómo utilizarán los datos personales que me pidieron y que serán chequeados en sus máquinas de la Seguridad del Estado.

La mamá de Williams, una viejita llena de dolor por las varias detenciones de su hijo, se acercó por la parroquia con dos paquetes de harina pan para los sobrevivientes. En agradecimiento y solidaridad.